

¿Anarquistas?

Georges Darien

No siento ningún embarazo en confesarlo, no sé exactamente lo que significa la palabra: *Anarquía*.

Siendo descartada en principio la acepción *Desorden*, creo -pero esto es una simple hipótesis- que puede significar: *Negación de toda autoridad, sea cual sea*. Admitiendo esta suposición, que parece la más probable, como fundada, me pregunto si tal negación de *toda* autoridad es posible. No. Sería negar, por ejemplo, la autoridad de la razón. No insisto. Solo me pregunto si la negación se aplica a toda autoridad política, económica o moralmente establecida. Creo que un anarquista -no por lógica, ya que tendría que negar la autoridad de la razón- sino simplemente de buena fe me contestaría: Sí.

Pero, ¿cómo este anarquista puede expresar su negación? ¿Por la acción?:

Es imposible. Toda *acción* resulta necesariamente autoritaria; su intención no puede cambiar en nada su carácter. *La actuación* solo, el acto pasivo, no implica autoridad. En cuanto el an-arquista actúa, deja de ser an-arquista. Anarquía traducido en lenguaje práctico significa in-acción. De ahí no se sale.

Cojo al azar, en un periódico libertario una definición de anarquista: es un hombre que *rechaza* la autoridad (acto de autoridad); que se *levanta* contra la sociedad (acto de autoridad); que *lucha* (acto de autoridad); que *opone* (acto de autoridad); que *defiende* (acto de autoridad); que *sustituye* (acto de autoridad); que *combate* (acto de autoridad). ¿Ese hombre es un anarquista? no me hagás reír. Es un autoritario de cuidado.

El único an-arquista posible, sería el hombre que se limitara a las actuaciones, a los gestos pasivos. Un an-arquista cristiano, absolutamente sincero, se entiende. Yo no he visto ninguno; si por casualidad me encuentro con uno me quitaré el sombrero; tengo respeto a los fenómenos. En cuanto al an-arquista revolucionario -no tiene sentido.

Notar que el an-arquista de combate (se entrecocan las palabras) no sólo no puede negar la autoridad por él mismo (ya que la ejerce), sino que no puede negarla en su adversario (ya que lo ataca). Se opone a la autoridad de su adversario. Muy bien. Lucha contra ella con el fin -naturalmente- de sustituirla. Perfecto. Es un rebelde, es un insurrecto, es un revolucionario. Pero no tiene nada que hacer con el an-arquismo.

Lo repito, el único an-arquista posible es el an-arquista cristiano. Intentad descubrir a uno, amortajarlo y ponerlo en un museo. Y mientras tanto cuando la gente os diga que son anarquistas, no los creáis.

O por lo menos, comprended lo que tienen intención de haceros entender: que son los enemigos de las instituciones existentes y que desean, por todos los medios derrocarlas para establecer sobre sus ruinas un estado de cosas más normal.

Desean también haceros entender otra cosa, que tienen ciertos dogmas como: la abstención electoral, la acción directa, la preocupación por el individuo, y que son contrarios a toda acción política.

Y de buena fe creen serlo. Su acción sin embargo ha sido exclusivamente política. El anarquismo -esta desfiguración práctica, *política* de la anarquía- nunca fue otra cosa que un liberalismo exasperado.

La abstención electoral, manifestación de menosprecio individual, se entiende muy bien; pero como consigna le falta significado; es una protesta anodina que vanamente pretende disfrazarse de ayuda. Jambion habla, por cierto, de *apasionar* esta abstención. Pero fue desde la abstención *impuesta*, apasionada, que surgió el sufragio universal. ¿Qué surgirá de la abstención *deseada*, apasionada?. Un nuevo modo de sufragio, seguramente -si algún resultado se produce.

En cuanto a la acción *directa* resulta simplemente una cuestión de punto de vista. No sería difícil probar que la acción, la más directa, es al mismo tiempo y por eso mismo la más indirecta; y recíprocamente.

La problemática del individuo es otra cosa. El individuo había sido desde hace mucho tiempo sacrificado a las clases, a las masas, a la colectividad. Se afirmó en el momento en el que el anarquismo se presentó como doctrina (para ser más exacto un poco antes); el anarquismo de hecho y a pesar de continuas tentativas moralizantes (tendría que decir *moralizadoras*), no fue demasiado malintencionado con él.

Se entiende que no admito la relación de causa efecto ni por un lado ni por el otro. Los acercamientos, más bien accidentales no prueban nada. Que unos individualistas se hayan codeado y hasta hermanado con el anarquismo no se puede negar. Que algunos entre ellos hayan creído que eran sinceramente anarquistas, es muy cierto; no es menos cierto que, por definición y por necesidad, el Individuo es la contradicción viva de la An-arquía, y que la individualidad no puede sino sentirse molesta en todos sus movimientos por el corsé anarquista.

El anarquismo, dice Jeanvion como buen juez, es la negación absoluta de la autoridad del hombre sobre el hombre. ¿Cómo un *individuo* podría existir sin desear ardientemente su autoridad -incluso pacíficamente- sobre otros hombres?; ¿cómo sería posible que éste deseo no constituyese su resorte, la expresión concentrada de todo su ser?. Declaro no poder entenderlo. Añado que el estudio rápido que pude hacer sobre Janvion no me ayudó a la comprensión.

Janvion hubiera tenido que escribir, no el Anarquismo, sino más bien la anarquía; la cual para emplear el lenguaje del cristiano Paley, no puede ser una doctrina sino solo una vida (más justamente: *una vegetación*). En cuanto el anarquismo, doctrina de dogmas y «shiboleths», es totalmente diferente de una negación. Recorro a M. Carteron que lamenta -y quizás con razón- el tiempo en que el anarquismo significaba: motines, saqueos, porrazos, empleo de la química, etc. El anarquismo, doctrina, es una afirmación de la autoridad del hombre que dice (y a menudo piensa) que detesta la autoridad, sobre el

hombre que dice (y a menudo no piensa) que ama la autoridad. De hecho hay que repetirlo, es Liberalismo exasperado.

No tengo la pretensión de conocer íntimamente a mis contemporáneos. Pero me conozco bastante a mí mismo para afirmar esto: Soy extremadamente autoritario. Deseo ardientemente poder *imponer, por la fuerza, por el empleo de una autoridad cuyos excesos no me asustan*, lo que creo bueno y necesario para los demás, ciertamente; pero primero bueno y necesario para mí. He aquí el porqué me es absolutamente imposible tener algo que ver con la An-arquía.

Respecto al Anarquismo, doctrina, me importa poco. Miro con indiferencia los tardígrados del Futuro precipitándose de espaldas en las catacumbas de los nuevos tiempos.

El anarquismo no tiene ninguna base. Es en vano que se intenta convertir nominalmente a su uso la base de la An-arquía. Esto es una tentativa deshonrosa y estúpida que denuncio y contra la cual protesto. Esta base de la An-arquía, *Negación de la autoridad*, ha de dejarse al cristianismo; le pertenece.

El Anarquismo no tiene meta. Un ideal vago, común a múltiples sectas; un traje de arlequín que flota sobre el poste de ejecución plantado en la montaña de Fourier, y figura el hombre del Futuro; nubes. -Y hay que tener una meta. Si hoy no tenéis una meta definida, *mañana no tendréis punto de partida*. De esto se jacta el Anarquismo.

El Anarquismo no tiene ningún método. Es su carácter propio, dicen. No. Es el carácter de todas las doctrinas moribundas.

El Anarquismo no tiene ideas. Ha *adoptado* un gran número de concepciones, generalmente contradictorias, de las que no parece tener ni idea. El stock, sin embargo, es interesante y podrá servir. Pero, más a menudo el anarquista se conforma con presentar cabizbajo los viejos tópicos del liberalismo. Sólo es demoledor por crisis: en el fondo es un constructómano, adorador de vagos conceptos de orden. El anarquista, la mayoría de las veces, es un Luis Felipe con detonador. Que hemos de decirlo, utiliza el detonador cada vez más. En el presente, está ocupado en inscribir *Orden público* en los cadalsos de la gendarmería libertaria que pronto espera ver funcionar; esas altruistas aves de cadalso han de defender al Buen Dios cornudo que confeccionan unos cosacos, así como la moral zoológica que se recoge en las cuadras ortodoxas.

Mas grave aún: el Anarquismo es ultraconfiado, bobo, papanatas. Pretende desconfiar de ciertos individuos (tipo de desconfianza que caracteriza a los débiles) pero se deja tiranizar por los más terribles de los déspotas: las Palabras. Sacude bravamente, como una bandera nueva, ese viejo trapo bien francés: la antítesis Libertad-Autoridad. Nada mas ridículo.

No es la Autoridad la que se opone a la Libertad, es la Socialidad. El hombre tiene deseos libres y deseos sociales, naturalmente antagónicos. Se encuentra, dice Kant, en un estado de *insocial sociabilidad*. Su tendencia a entrar en el estado social se combina con una perpetua resistencia a esta misma tendencia, que sin cesar amenaza con destruir. La autoridad se manifiesta, claro está, en estas dos tendencias; o mas bien *las manifiesta*. De

su antagonismo nace el progreso. Y así poco a poco se crean mentalidades que permiten «establecer una armonía social que fue extraída *patológicamente* de las necesidades de la situación, y forma una unión moral fundada en una selección razonable».

La Autoridad pues no puede oponerse a la Libertad; puede oponerse a la apatía, a la cobardía, a la tontería, desde cualquier punto de vista que se presenten. Es absurdo verborrear contra la autoridad. Es razonable hacer uso de ella; eso es actuar. ¿En qué sentido? En el sentido indicado por Kant: en el sentido de una armonía tan completa y rápida como sea posible entre las tendencias libres y las tendencias sociales del hombre. Traducid: en el sentido de la liberación de la tierra.

Durante mucho tiempo, es verdad, cuando un grupo de hombres, una clase, se había hecho con la autoridad (esto es, había reducido a la nada la de sus adversarios) fue muy difícil, sino imposible, arrancársela. La ignorancia de los rebeldes era una de las causas de su fracaso, pero la menor, la más importante era esta: los medios materiales de ataque eran muy inferiores a los medios de defensa.

Pero, poco a poco, como expuso Sismondi, los poderes destructores han sobrepasado a los poderes de preservación. Resulta fácil seguir la progresión. Se puede ver fácilmente como ha llegado a ser posible que grupos cada vez menos numerosos poseyesen medios de ataque cada vez mas irresistibles; y se puede ver fácilmente que este poder de destrucción de los grupos, fatalmente ha de pasar dentro de poco a manos del Individuo.

Estoy escribiendo una novela en la que uno de los personajes ha descubierto el método de captar a su antojo las fuerzas diseminadas en las redes eléctricas de las grandes ciudades. Puede utilizarlas a su voluntad, por ejemplo para producir espantosas catástrofes; hoy sólo es una novela. ¿Pero mañana? La cosa teóricamente ya es posible y lo será pronto prácticamente.

Que un hombre -un hombre con el que quizás os habéis codeado cien veces- pudiera poseer tal poder, que estuviese convencido de que un orden de cosas racional tiene que sustituir enseguida y a cualquier precio al mísero estado actual; que mandara, naturalmente sin darse a conocer, un *ultimátum* al gobierno que le dictara su voluntad y le concediese un cierto plazo al cabo del cual, sino accediera a su voluntad, se desencadenasen horribles *catástrofes*. ¿Qué hará el gobierno?

¿Qué hará cuando el hombre haya cumplido sus amenazas, cuando un gesto suyo fulmine por millares esas vidas que llaman sagradas, cuando haya hecho público su descubrimiento poniéndolo a disposición de todos los descontentos?

El gobierno, los poseedores, acusarán de demencia y gritarán que el mundo ha caído en manos de unos locos. Desde la sombra donde habitan innumerables espectros de las víctimas de la Riqueza ciega, una voz contestará: miserables, ¿porqué habéis creado estos locos?.

En esta dirección, que lo sepáis, siguiendo a los descubrimientos de todo tipo que aumentan sin cesar el poder de destrucción, de autoridad terrorista (y

no como creía Marx en el camino de los desarrollos económicos), es donde encontraremos las próximas causas de las catástrofes que fatalmente han de trastornar el Universo. En el mismo orden se inscribe la idea de Revolución por la guerra (que provoca la movilización de las tropas) y la idea de huelga general agresiva. En efecto dichos medios revolucionarios, aunque manifiesten la revancha mas o menos soñada por todos los oprimidos, no son en el fondo sino expresiones del odio individual; pero de un odio individual provisto al fin de terribles instrumentos de acción capaces de actuar sobre el conjunto de las atroces condiciones sociales, sin la ayuda de las masas inconscientes, y lo suficientemente fuerte como para aplastar la autoridad de lo que está bajo la autoridad de lo que debe ser.

¿Pero qué es lo que debe ser?

El Anarquismo contesta: «Hay que suprimir la autoridad». -¡Ah!, ¡bueno!... ¿y después qué?

Después - ¿sociedades futuras a punta pala?, tratado de moral paralítica, cantinelas, un «haga lo que quiera» robado a Rabelais (sin la mas mínima alusión a la base de su sistema filosófico) ¡sentencias copiadas por aquí y por allá y colocadas una tras otra al tuntun! y justicia, *prise au tas*, moralidad, trabajo forzoso, buena voluntad, abstención obligatoria, libertad absoluta, organización, individualismo, altruismo, felicidad y masonería... Un cubo lleno de jirones de todos los sistemas difuntos. *Le carreau de tous les Temples*. Todo lo necesario para imponer al hombre cuando por fin se despierte, nuevos sueños poblados de fantasmas y nuevas pesadillas morales.

¿Y después? ¿Nada más? Si, todavía: «hay que suprimir la autoridad».

Basta.- Que lo queramos o no aquí tenemos resumida toda la doctrina anarquista: 1. Antaño hubo una edad de oro que desapareció porque la autoridad nació sin que se sepa muy bien cómo. 2. Hay que regresar a aquella edad de oro; por eso una revolución resulta deseable, ha de ser provocada sobre todo por la abstención electoral y el educacionismo. 3. Una vez efectuada la revolución, habrá una interrupción general de la vida en el planeta, ello será más o menos duradero. 4. Después, gracias a la operación misteriosa de la Moral, volverá la edad de oro. 5. Se supone que esta será permanente. 6. Pues mejor. ¡Pues no! ¡no! es peor ¡y mil veces peor! Un partido, un sistema, una religión -a propósito, ¿qué es exactamente el Anarquismo?- que no tiene otro bagaje, otra base y otro objetivo, es un aborto de partido, un sistema que da ganas de llorar y una religión que hace vomitar.

Notadlo: el carácter religioso del Anarquismo se acentúa cada día más; todo ello es constructomanía, propaganda, educacionismo. Allí el Gran Arquitecto puede entrar como Pedro por su casa, y entra. No es necesario actuar sino creer.

¿Actuar? ¿Cual ha sido la acción de los anarquistas durante el affaire Dreyfus? Ni siquiera han logrado suprimir una sola de las abominaciones militares; ni siquiera han hecho derogar las leyes viles.

Así fue desde el principio. Los ridículos pontificados de la doctrina única han tenido otra preocupación que la de imponer sus dogmas imbéciles. Siempre se han opuesto a todos los actos, a todas las tentativas que no estaban

estrictamente acordes con los preceptos de su catecismo, y siempre se han opuesto, digo yo, solapada e hipócritamente ¿Queréis pruebas?

Los dogmas no existen en el Anarquismo, como en otras partes, sino para poner trabas a la acción libre. Como ejemplo no vacilo en elegir el dogma anti-parlamentario.

«El sistema parlamentario ha de desaparecer, dice el anarquismo; entonces absteneros, no seáis ni electores ni candidatos». Y el Individuo tiene que creerlo, obedecerlo. Aún si está convencido que la táctica impuesta es idiota. Aún si un estudio en profundidad le ha demostrado que ese execrable sistema, para ser suprimido, se ha de atacar no solo desde fuera sino *desde dentro*; aún si se siente con la fuerza y los conocimientos necesarios para acometer esa obra de *demolición interna*. No, el Individuo no tiene derecho a hacer lo que podría hacer. No sería anarquista ¡Abstención! Tiene que abstenerse. Tiene que capitular.

Que los individuos capitulen ante sus dogmas, esa ha sido siempre la preocupación de los pontífices. Los individuos que han actuado de una manera en que uno se obstina, no se porqué, en calificar de Anarquista (y que es simplemente revolucionaria), han actuado así no en virtud de su supuesto anarquismo, sino *a pesar* del Anarquismo. Me resultará fácil probarlo. El Anarquismo, doctrina, se opone a la acción revolucionaria.

Y es tan cierto que hoy hay un levantamiento de voces -las voces masónicas se han convertido en el escudo del Anarquismo- contra los *individualistas* y los *sindicalistas*, quienes se dice, se han coaligado para crear la Internacional antimilitarista -esa Internacional que los pontífices y sus parroquianos odian instintivamente.

¿Y por qué? Porque saben, porque sienten que va a actuar libremente. Porque sienten, como lo dice muy bien Yvetot, que es la acción paralela de los grupos sindicales y de dicha Internacional la que solo podrá provocar la sacudida revolucionaria.

Pero si el Anarquismo se opone a la acción deja la puerta abierta a todas las actuaciones estúpidas, a todas las vanas demostraciones que grotescamente parodian el acto o el pensamiento. Ofrece libertad plena y entera a los monstruos de feria, caníbales de la hipotenusa, corderos de tres patas del Gran Oriente, para que se pavoneen en las tablas.

¿Se ha oído hablar alguna vez de un conservador-antropófago, o de un radical-cristiano, o de un socialista-naturista? Tales monstruosidades están reservadas al Anarquismo. -El Anarquismo es la Corte de los Milagros altruistas, donde los moralistas del mundo entero vienen a remendar sus piojosos silogismos y a maquillar sus patas de palo.

Y seguimos perseguidos por el eco de este viejo y pueril refrán: «Hay que suprimir la autoridad». La tonta antítesis no te suelta, se te agarra: Libertad-Autoridad. -sofisma debilucho que busca introducir arbitrariamente en las cosas una oposición imposible, primero (y más arbitrariamente aún) introducido en las palabras.

No, no es la Autoridad la que se ha opuesto a la Libertad, es la Socialidad. Y son las dos tendencias humanas, la una *social*, la otra *insocial*

(manifestadas, la una y la otra, por la autoridad) cuyo conflicto ha de reducir al mínimo los antagonismos de intereses (ciegos las más veces) que dividen a la humanidad. Este conflicto, pues, ha de ser permanente en el individuo y en la especie. La autoridad, en consecuencia, no debe ser ignorada ni menospreciada. Debe ser ejercida. Debe ser ejercida por los desheredados, sin tregua, revolucionariamente.

Sin embargo, bajo el gorro Kalmouck, recosido de cabo de zapatero, que le cubre los ojos y las orejas, el Anarquismo refunfuña. Y cita a Pedro, a Jacques y a Proudhon.

No hay suerte. Proudhon, primero, aunque sea un gran hombre, no es un dios. Luego, ¿no fue él quien escribió: «Todo el mal del género humano viene de la *sumisión* a la autoridad»? Lo que significa, a no ser que ya no entienda el francés: Si queréis ser felices no os sometáis a la autoridad; esto es, rebelaos; esto es, a la autoridad que os oprime oponed vuestra autoridad de rebeldes. ¡Pero Proudhon lo grita del principio al fin de sus obras, que hay que hacer uso de la autoridad! Quizás es el único punto en el que no se contradice. ¿Qué significa, pues, esta sentencia de la Ley de las Doce Tablas, que encabeza su libro sobre la Propiedad?

Además, aún si Proudhon hubiera dicho (lo que nunca hizo) que el mal humano viene de la *existencia* de la autoridad, ello no probaría nada. Se podría decir con tanta razón por lo menos que este mal viene a propósito de que el hombre ha perdido más y más el sentimiento artístico; o mas justamente aún, de que persiste en olvidar que es un animal terrestre. Pero esa ya no es la cuestión.

Se encuentra enteramente aquí: nos encontramos, por el momento, en una situación miserable, vergonzosa y estúpida. Para los ricos como para los pobres, el estado presente es irracional. No puede durar. Es inútil, insensato, querer prolongarlo. ¿Qué hay que hacer enseguida para ponerle fin? ¿Cómo hay que actuar, desde qué punto de partida y en qué dirección?

A estas preguntas, constato que el Anarquismo no da ninguna respuesta clara y satisfactoria. Entonces, después de haber devuelto a los cristianos la Anarquía (que les pertenece), dejo el Anarquismo a disposición de los que le pertenecen. Que sufran su autoridad a tontas y a locas, que acepten las cartas que les distribuyen, y que las remienden, de vez en cuando, con la paleta masónica. Lo necesita. Se agrieta.

Yo faltaría a todos mis deberes de «neopolítico» si me detuviera en esto; quiero explicar como se puede encontrar la respuesta a las preguntas ante las cuales el Anarquismo queda mudo. Lo haré en el próximo número bajo el título: *La edad de oro*. El Partido de los Puros está especialmente invitado; comunicación urgente.

(El Enemigo del Pueblo, nº 27, 1er. -16 septiembre 1904, y nº 28, 1er -15 octubre 1904.)

Georges Darien (1862-1921)

Nace en París y después de los estudios en el liceo, para emanciparse de su familia, se enrola en el ejército en 1881, donde por indisciplina es castigado y trasladado a Túnez, de donde no saldrá hasta 1886. De vuelta a París escribe sobre su experiencia en estos años y logra, con muchas dificultades, editar en 1889 *Biribi*. Problemas con la justicia al ser acusado el libro de atentar contra el ejército y las buenas costumbres. Son los años en los que se templan su denuncia violenta de las distintas formas de autoridad: familia, ejército, religión,... Escribe, *Bas les coeurs*. Empieza a colaborar en las publicaciones de los medios libertarios. Primero *L'En dehors*, periódico fundado por Zo d'Axa en 1891 y que duró hasta 1893. Luego funda y anima su propio periódico *L'Escarmouche*, noviembre 1893 - marzo 1894. Este medio anarquista es perseguido por la policía y Georges Darien se exilia a Inglaterra, donde lleva una vida por los bajos fondos de cuya memoria saldrá su mejor novela, *Le voleur*, que editará , sin gran éxito, de vuelta a París. Escribe otra novela, *La Belle France*. Después, desde 1903 hasta 1904 colabora en *L'Enemi du peuple*, periódico anarquista dirigido por Emile Janvión, donde hace la crítica despiadada de su tiempo, hablando sin ninguna concesión a la hipocresía, de la propiedad de la tierra, del ejército, del militarismo, del pacifismo, del amor libre, de la anarquía, de la abstención... Denuncia de la estupidez, de la falsificación, de la impostura, de la hipocresía y de la cobardía. Darien en su inacabable polémica va a lo esencial: ser libre sobre la tierra libre.